

la *Revolución Francesa*. Y son como sigue. «A los jornaleros encargados de mantener puro en las cárceles el aire, y á los competentes que deben examinar estas manipulaciones peligrosas, diez y siete mil quinientos francos». «Á los carreteros de Clamart, Montrouje, Vaugirad, y demás cementerios, un tanto por día, un tanto por transporte, un tanto por cal.» Después de todo esto ¿cómo extrañar que la generación, ó autora ó cómplice, de tamaños crímenes, muriera, una parte sobre la guillotina del terror, otra parte sobre los campos, y entre los combates, del Imperio? ¡Tragedias de la Historia!

Doloroso ha sido para nosotros tener que andar tanto tiempo ahora por una calle de amargura tan larga como las matanzas de Septiembre. Y, á pesar del tiempo y del espacio á ellas consagrados, aún hemos de volver, porque no acaban en el punto donde acaba nuestro relato, se prolongan por más días y por más lugares, influyendo mucho en los comicios generadores de la Convención republicana. Pero nos apremian otros acontecimientos y debemos dar á estos de mano, prometiendo su reanudación, para irnos á ver el mes de Septiembre, tan trágico y criminal en París, espléndido y glorioso en el desfiladero de las Argonas, parecido al desfiladero de las Termópilas, desfiladero francés, en que siglos atrás Atila se había estrellado contra el gran latino Aecio, y al fin del siglo pasado se presentó Dumouriez como un Leónidas, no mártir ni vencido, como un Leónidas triunfante, coronado por el roble de la fortaleza y por el genio de la victoria. Indudablemente la humanidad y el planeta operan dos sendos trabajos contradictorios: uno progresivo y regresivo el otro, al mismo tiempo casi, elevando, para que sirvan de arquetipos ó ideales, unos hombres encima de su especie, é impeliendo abajo de su especie otros hombres para que rueden por algunos escalones inferiores de la escala orgánica y animal. En parte alguna se ve tan claro esto, como en el contraste presentado por Septiembre del noventa y dos entre los riscos de las Argonas y los calabozos de la capital. En una parte la virtud, en otra el crimen; bajo las banderas militares, disciplina estóica, entre los demagogos, horrible amargura; esfuerzos heroicos y combates nobles de los voluntarios en las Argonas, mientras en los calabozos carnicerías propias de tigres y leones; por los campos de batalla con la obediencia, con el honor, con el patriotismo, con el fiel juramento á la patria en los labios, con el amor á la humanidad en el corazón de aquellos hombres, la especie sube por medio de transfiguraciones sobrehumanas á lo sobrenatural, mientras en los calabozos, entre las miradas de odio, las blasfemias de rabia, los degüellos de semejantes, la humanidad descende, y descende, por un movimiento regresivo, hacia la materia bruta, más bajo, mucho más bajo, que las fieras. Conocemos poco, muy poco, la sociedad. Comenzamos á enterarnos de que necesita su correspondiente fisiología el cuerpo social y su correspondiente psicología el espíritu público. Si tuviéramos estas dos ciencias en el grado á que han subido la psicología y la fisiología corrientes, veríamos cómo las sociedades producen cuantos órganos y organismos necesitan, y desarrollán cuantas facul-

tades y funciones han menester para desempeñar sus naturales ministerios en el mundo y cumplir el destino total humano. A no dudarlo, la revolución fué una fuerza expansiva, centrífuga, etérea, vivificadora, produciendo lo individual, lo libre, lo democrático, el derecho humano, y, en esta expansión, llegó á olvidarse de que las sociedades no pueden vivir con fuerzas únicas, ó de un solo carácter, ó de una tendencia exclusiva, sino que necesitan fuerzas de concentración, centripedas, dadas á producir la cohesión, que organicen lo particular, lo individual, y compensen con grandes centros sociales aquella fuerza expansiva revolucionaria, pues á sí misma dejada, sin verdadero contrapeso y compensaciones, se irradiaría por lo infinito y convertiría en verdadera nube de átomos todo el Universo. Esta fuerza de concentración fué, durante toda la edad revolucionaria, sin duda, el ejército de la patria, el ejército de la libertad, el glorioso ejército de los apostolados sublimes, de las espirituales cruzadas, quien, al mismo tiempo que derriba los reyes absolutos por el suelo, presenta un áncora incontrastable á la democracia y á la República. Extraño fenómeno, cuando no se medita sobre su naturaleza y sobre sus alcances y consecuencias, este fenómeno. Y, sin embargo, sucede á nuestros propios ojos y no lo comprendemos. Un terrible reguero de crímenes, como las matanzas en Septiembre y las experiencias democráticas, tan impacientes por cumplir de una vez todo el ideal, han hecho que Francia gaste un siglo entero, más de un siglo, el espacio recorrido entre la reunión de los Estados Generales y nuestros días, para fundar, como ha fundado, de un modo permanente y definitiva, su República liberal y parlamentaria. Pues bien; antes de que la establecieron los republicanos, prometían en el apostolado y predicación de lo ideal, un servicio militar voluntario, una especie de Milicia Nacional, por creer incompatible con la libertad é inclinado al cesarismo cualquier ejército brillante y numeroso. Y á pesar de tal predicación, la sociedad, más fuerte que las sectas y que los sectarios, ha impuesto á Francia el servicio universal y obligatorio, como Francia, por su parte, ha impuesto á Germania el sufragio universal. Pues bien; creámoslo, sin el sólido lastre de tal ejército, la República Francesa, no alcanzara el grado de solidez, de consistencia, de cohesión que ha conseguido, y en manos de cuatro utopistas, como los comuneros, y de un gobierno dictatorial, como la Comunidad revolucionaria, hubiera vivido en el estado febril que traen las demagogias por espacio bien breve, y despertado de sus pesadillas al pie del cesarismo. Renegad del código de las contradicciones que rigen los cielos y la tierra. El comunero, creyendo servir al progreso, no sirve sino á la reacción, y el soldado, que parecía venido á servir la reacción, miradlo bien, no sirve sino al progreso. Y aunque un poco divague de mi asunto concreto, digamos, en corroboración de nuestras afirmaciones, que los ejércitos de servicio universal sirven más á la paz perpetua que los ejércitos de restringido servicio. Teniendo las clases acomodadas, las clases instruidas, las clases directoras sus hijos en armas, se miran mucho para promover dentro revoluciones y para promover fuera

guerras. Hubiérase dicho que Boulanger estuvo tres ó cuatro veces á punto de producir la revolución en los postreros cinco lustros y Bismarck á punto de producir la guerra. Pues no produjeron estas dos plagas ni el uno ni el otro, estrellándose ambos en la fuerte organización de aquella República que, llegada tras la derrota, y entre los delirios comu-neros, parecía destinada por el cielo á malograrse sin remedio el día de su nacimiento. El ejército de la libertad conservó mucho tiempo y honró siempre la democracia y la República, muertas de suicidio después del terror.

Tras estas consideraciones indispensables narremos, y narremos con suma brevedad. Todo cuanto de horroroso nos ofrece la matanza, nos ofrece de noble y de regenerador la guerra. En aquella todos se ocultan, sospechosos unos á otros; y en ésta reaparecen todos unidos de las manos. Parece imposible que la Gironda pudiera entenderse para cosa ninguna con los jacobinos y con los dantonianos. Pues llega por completo á entenderse con grande gloria suya para el nombramiento de Dumouriez como general en jefe de los ejércitos aglomerados sobre la frontera. En cuanto lo nombraron, dijo con esas improvisaciones súbitas del genio: «si llego á las Argonas antes que los alemanes somos salvos.» Y llegó. ¡Cuán grande hombre! Si al criterio político y al ojo militar hubiese reunido el criterio moral, triunfa con las armas, funda la República en el orden, y aparece ante la posteridad como el verdadero Washington de nuestro continente. Pocos hombres tan locuaces y tan reservados al mismo tiempo; de una tan abundante garrulidad y de una tan grande reflexiva circunspección. El día veinte llegó á los desfiladeros; y cuando se levantó el generalísimo Brunswick la mañana del veintuno, vió con asombro el comienzo de las Argonas ocupado militarmente; reductos en aquellos campos desguarnecidos y no fortificados antes; millares de troncos echados á interceptar todos los pasos y todos los caminos. ¡Milagro, milagro, milagro patente! decían los alemanes muy pagados de que llegarían á París en una semana y aplastarían antes de acabar el mes la Babilonia de los revolucionarios con todas sus hidras. Pero estos milagros se harán en los combates por la independencia nacional, siempre que tenga patriotas y ciudadanos una patria cualquiera. Los corazones laten al unísono; las piedras laten como los corazones; el suelo se levanta contra el irruptor como se levantan los libres pechos; de cada hogar un fuerte surge; las mujeres se truecan en héroes; los árboles en chuzos; los aires en incendios; las aguas en venenos contra el irruptor; pues se necesita salvar con toda clase de sacrificios la República y habrá de quedar salva. Mucho hizo Dumouriez en este sublime instante; pero hizo más el entusiasmo de todos los franceses. Con el peligro inminente, con la irrupción aquella de la frontera; con el terrible dilema triunfar ó morir; nadie discute al general; nadie sus órdenes examina: todos callan y obedecen. El ejército no tiene más que un solo cuerpo animado por un solo espíritu. Hasta los elementos demagógicos se purifican en aquella máquina purificadora; y de asesinos, como llegan, se truecan, sujetos á la disciplina, en héroes. Y no sólo

entran todos los franceses liberales en aquella cruzada por su independencia; el cielo se llama en tal obra providencial á la parte. Para detener los irruptores ante aquel medio centenar de millas montuosas interpuestas en el camino de París, llueve y más llueve, convirtiendo en ranas los leones de la invasión. No andan, sino para resbalarse, los alemanes, provocando estos resbalones, que por tierra los tienden, como las balas, cada interjección pornográfica y cada dicho blasfemo que canta el misterio. Por la noche los capotes, hechos camas, se empapan en las marismas; por la noche y por el día los armamentos humedecidos no parecen espadas, parecen espadañas; no parecen fusiles, más bien parecen juncos. Aquello es un diluvio universal destinado á castigar los pecados de la reacción y á sumergir los déspotas del Norte. Así el cielo y el espíritu están de acuerdo en Francia para rechazar á los irruptores, mientras sobre los irruptores domina el diablo de una división espantosa. El republicano moderado y el republicano radical; el girondino de color celeste y el franciscano de rojo subido; la derecha y la izquierda y el centro de aquella democracia se juntan y unen todos contra los extranjeros, mientras en las legiones contrarias el austriaco no puede ver al prusiano, el prusiano al sajón, y ni sajones, ni alemanes, ni austriacos al emigrado de quien todos se burlan y ante quien todos huyen. Al hermano mayor de Luis XVI, al conde célebre de Provenza, no le han dado el título de regente, ni reconocídole por jefe de cosa ninguna, ni de ningún grupo; mas, en cambio, después de asegurar iban á París para rehacer con una restauración en regla el poder absoluto de Luis XVI, preguntan á los emigrados aquellos tan afligidos en dónde se hallan los realistas anunciados que debían salir ante los ejércitos irruptores saludándolos como su divina salvación; en dónde las ciudades que se apercibían á entregarse todas; en dónde los recursos presentados entre las lontananzas y entre las perspectivas de lo porvenir por aquella emigración cuando pretendía las invasiones, porque todas las puertas se cierran al paso de los invasores, todas las generaciones se arman á una contra ellos, todas las mujeres se burlan de sus amenazas, todos los niños silban mucho antes de que silben las balas, todos los hogares se aspilleran, todas las vías se interceptan; y el hambre sigue á los que quieren vivir sobre un país erizado en todo su territorio de bayonetas, como de púas la piel de un puerco-espín.

¿Qué habían de hacer aquellos emigrados en tanto trance, ni qué habían de responder á tan amargas preguntas? Vestidos de maravillosa manera, con pantalones de nankin y levitas galoneadas de rojo; el agua los ha desteñido de manera que parecen sapos. Así toman una hidrofobia contra el agua que puede concluir en una hidropesía. Los elementos se han ido con los republicanos. Las oraciones en el Temple de la santa princesa Isabel no llegan al cielo. Sus defensores no pelean en aquel momento, nadan. Y no pueden hacer fuego sin ahumarse como cecina y no pueden tenderse por el suelo á reposar sin coger un reuma de todos los demonios. Al fin el soldado perteneciente á las legiones compuestas

por la emigración sabe de dónde viene y adónde va; pero no sabe una palabra de por qué lo han sacado de su casa y lo han metido en aquella laguna el soldado de Baviera, el soldado de las tierras electorales, tantos soldados como componen el abigarradísimo pueblo alemán en armas. Así andaban muy despacio promoviendo el estado febril de la desesperada emigración. En vano mandaban destacamentos que sitiases las ciudades vecinas; ninguna imitó el ejemplo de Verdun y de Loggwy; todas resistieron: Thionville se burló de los sitiadores. Puso un caballo enorme de madera en la muralla con un carro de forraje delante de su inmóvil cabeza, y debajo este rótulo: «Así que se haya comido este caballo su forraje, nos entregamos.» Los jefes del ejército irruptor á cada instante mostraban mayor ineptitud y cometían mayores torpezas, las cuales hacíanles retroceder y los tiraban de espaldas. «Devolveré, decía el Rey de Prusia, inmediatamente á Luis XVI su poder absoluto; á la Iglesia su fuero privilegiado; y sus bienes desamortizados al clero.» No podía decir una palabra más inconveniente. Los campesinos todos, hechos propietarios por la desamortización, se levantaban y erguían contra el Rey antiguo, por el nuevo régimen. A tal terror, quien carecía de un fusil tomaba una tranca. En todos los tejados se ponían barbacanas. El suicidio antes que la entrega, exclamaban los pueblos como si fuera cada cual un hombre solo. Y sobre tales concordancias, de todas las pasiones francesas flotaba Dumouriez como esos guerreros del Santo Graal y del Cisne que tienen una lanza milagrosa en los poemas carlovingios y llevan por concesión del cielo atado á la cola de su pegaso el triunfo. Alegre, muy alegre, diríase que no llovía sobre sus huesos, según miraban los franceses con gozo la victoria próxima saludada de antemano con gracias é ingeniosidades. Y este regocijo se aumentaba con los refuerzos recién llegados, los cuales venían locos de regocijo al presentimiento y á la esperanza de los cercanos triunfos. El regimiento de Flandes daba cada noche un baile. Otros refuerzos llegaron, menos útiles, y menos alegres, una garrapata maratista. Dumouriez los disolvió en grupos, los ingirió junto á soldados buenos, los purificó de sus manchas, y los convirtió en útiles guerreros. Así nunca se vió un ejército más paciente, porque no le arredraba el martirio; ni más moral, porque llevaba en sus pies esas alas que prestan al guerrero inspirado los grandes sentimientos y las altas pasiones. ¡Cómo reunió Dumouriez los fragmentos y raciones de su ejército! ¡Con qué arte maniobró, marchó y contramarchó; huyó del enemigo cuando éste creía tenerlo muy cerca y al enemigo se acercó cuando éste creía tenerlo muy lejos! Y sin embargo, no faltaba quien decía que aquella posición de las Argonas era una posición insostenible, que se retirase á Chalons, desde donde podía impedir mejor la marcha de los coligados sobre París. Mas había visto con su mirada de genio la importancia del desfiladero y no quiso perder un minuto en otra parte, ni cejar un paso. Hubo en aquellos escarceos del general, en aquellas vueltas y revueltas, días de verdadero desmayo y horas de verdadero pánico, mas no en el General mismo, en aquellos

que le rodeaban y le seguían. Pero él hacia el cielo miraba y en el cielo veía su estrella, que no sufrió un momento de verdadero eclipse. Llevaba en sí los destinos de la humanidad; y esta visión celeste le dió fuerzas para mantenerse allí con empeño, maniobrar con destreza, combatir con heroísmo y triunfar con gloria.

No sabe uno qué admirar más en la guerra del Este, si aquella genial mirada con que Dumouriez vió de un golpe la importancia del desfiladero de las Argonas, ó su paciencia en medio de amagos terribles diarios y de adversos encuentros para esperar las tropas idas en su auxilio, quienes sumaron en una quincena de días, á los quince mil hombres por él mandados, cerca de setenta mil. Antes de tal reunión ó suma estuvo en peligro continuo de derrota y de muerte. Si el enemigo, agujoneado por la impaciencia, corre á marchas dobles á su busca, en vez de ir con paso de tortuga, lo aplasta, y deja á Francia con sus nuevas instituciones á merced por completo del extranjero y del realista. Uno de sus prodigios fué la nocturna retirada, bajo la lluvia, sobre los barrizales entre tinieblas parecidas á bocas de lobos por lo negras, retirada en que los austriacos, gracias á las sombras, produjeron un pasmo tal entre su gente, que muchos soldados se dispersaron y corrieron hacia París anunciando la derrota definitiva del ejército republicano y la próxima llegada del irruptor en triunfo. Sin embargo, la fe creció por tal modo en los ánimos, y con la fe su inseparable compañera la esperanza, que nadie creyó en la derrota; por lo contrario, todo el mundo, con una serenidad imperturbable, aguardó y proclamó la victoria. Por fin, Dumouriez ocupó en los desfiladeros Sainte-Mennouf, y los enemigos ocuparon enfrente una serie de colinas, que se llamaban colinas de la Luna. Aquí empezó á verse la inferioridad, para un encuentro de tal género, en los alemanes respecto de los franceses. Ligerísimos éstos, parecían volar; pesados aquellos, parecían llevar plomo en los pies. Alimentados y sostenidos los unos por el sentimiento nacional, no podían temer el hambre, tan mala siempre, y peor en la guerra, donde se necesita mantener con cuidado el combustible de la vida, que se nutre con el alimento. En tierra extraña los irruptores no tenían otra comida sino la tierra que pisaban, y á veces no podían comer otra cosa que esta misma tierra desolada por el combate. Sus convoyes iban al campamento cargados desde las ciudades germánicas, y llegaban tarde, ó no llegaban nunca, por salteadores patriotas unas veces detenidos y otras veces acaparados. Así, las gentes del Emperador de Austria y del Rey de Prusia, se ahogaban en ese oleaje del sentimiento nacional, como se perdieron los soldados de Faraón en las hirvientes aguas del Mar Rojo. No iba un ejército contra otro ejército; iba un ejército contra un pueblo. Y en esto acontece la mayor ventura de los republicanos, por ende la mayor desgracia de los realistas, aquella conjunción de Dumouriez y Kellermann, que añadía, con fortuna grande, á una superioridad en las posiciones incontestable, la superioridad del número. Seis mil hombres más que los realistas podían presentar en línea de batalla los nuestros. Aunque domina el alma